



CAPÍTULO UNO

Ser rey y llevar la corona es más glorioso para quienes lo contemplan que placentero para quienes la llevan.

–Reina Isabel (nac. 1533, r. 1558-1603)

Entrar sin permiso al ala académica de la Escuela para señoritas St. Edith no es lo más imprudente que he hecho, pero sin duda se le acerca.

Lo que hace que todo esto sea demasiado irresponsable es que solo falta una semana para mi graduación. En una semana, esta pesadilla que ha durado los últimos seis años de mi vida terminará y nunca tendré que pisar de nuevo un internado. Debería actuar con inteligencia y permanecer en mi dormitorio, donde mi compañera de cuarto llora en su almohada y piensa que no puedo oírla. Pero he construido una reputación de nunca actuar con inteligencia, ahora no tiene sentido desafiar las expectativas de la realeza.

Así que, a las diez en punto de un lunes por la noche, me escabullo por el pasillo sin ventanas en la oscuridad absoluta, rozando con los dedos cada picaporte al pasar. Aunque es casi imposible avanzar sin tropezarme con algo, la falta de luz también funciona a mi favor. Ya

desconecté la única cámara de seguridad antigua (el único artefacto tecnológico permitido en los pasillos sacros de St. Edith), pero siempre existe la posibilidad de que haya un custodio merodeando y ni toda la planificación meticulosa del mundo podría contra la buena suerte extrema de una persona.

Me detengo frente a la quinta puerta a la derecha y hurgo en mi bolsillo. Las ganzúas fueron un regalo de Navidad que me hice a mí misma el año pasado y, si bien he practicado con la puerta de mi dormitorio, no he tenido la oportunidad de usarlas en la vida real hasta ahora. La excitación recorre mi cuerpo mientras sujeto firmemente la cerradura con la llave de tensión y con la ganzúa en la otra mano intento forzar cada muesca diminuta. La directora Thompson estallaría en combustión espontánea si supiera qué clase de educación autodidacta he tenido mientras las demás competían para ser aceptadas en Harvard y Yale, pero esto es lo más valioso que he aprendido desde que llegué a St. Edith en enero.

La cerradura cede mucho antes de lo que espero y estoy a punto de dejar caer mis herramientas por la sorpresa. Lo he logrado: he forzado una cerradura. Estoy bastante segura de que no me darán un premio por ello, pero siento que es un superpoder, y la adrenalina recorre mis venas mientras abro la puerta.

Ñiik.

Las bisagras protestan fuerte, y me paralizó. Mientras mi corazón late acelerado, permanezco quieta, escuchando en busca de alguna señal que indique que alguien se acerca para investigar el ruido.

Nada.

Con prisa renovada, entro al aula. Cálculo. No es mi favorita. Cuando empiezas a aplicar la lógica a lo imaginario y lo infinitesimal,

las reglas se desdibujan y a mí me gusta saberlas. Leí el código de conducta de St. Edith (junto a los de los otros ocho internados a los que he asistido desde mis siete años) de punta a punta, y puedo citar fragmentos enteros en un segundo. Después de todo, conocer las reglas hace que sea más fácil manipularlas. Y romperlas de un modo espectacular.

La luz de la luna ingresa a través de los vitrales de las ventanas y ofrece un caleidoscopio de alivio ante la oscuridad opresiva, y apresuro el paso en silencio hacia el escritorio del profesor. El señor Clark no es mala persona. Solo está atascado en un sistema de enseñanza arcaico que valora el desempeño en las evaluaciones más que el aprendizaje, del mismo modo en que yo he estado atascada en un bosque de Vermont los últimos cinco meses gracias a un sistema arcaico que valora la imagen más que la familia. Ambos somos víctimas de nuestras circunstancias, y ya siento una dosis considerable de culpa por lo que estoy a punto de hacer. Si hubiera un modo mejor de lidiar con esto, lo haría, pero no existe. Así que aquí estamos.

La única gaveta en su escritorio de madera también está cerrada con llave, pero la abro en menos de treinta segundos. Y allí, acurrucado en medio de lápices abandonados y clips, en toda su gloria verde oscuro, está mi santo grial.

El cuaderno de calificaciones.

No tardo mucho en encontrar la página correcta, y la arranco de cuajo con un rasgido satisfactorio antes de extraer un encendedor de mi bolsillo. Si bien la prohibición draconiana del uso de tecnología en St. Edith dificulta la vida mucho más de lo necesario, esta es la única vez que me beneficia.

El papel se oscurece y se encoge mientras las llamas lo devoran

y dejan a su paso volutas de ceniza gris. No soy pirómana, pero hay algo poético en todo ese esfuerzo que desaparece en segundos. Todo es temporal. Incluso los archivos permanentes.

–*¡Evangeline Bright!* ¿Qué crees que estás haciendo?

La luz del techo zumba y cobra vida y hago una mueca. La directora Thompson está de pie en la entrada, con rizadores en el cabello y el rostro púrpura. Nunca la he visto sin su falda y su chaqueta de tweed, por lo que su bata rosada desaliñada me sorprende tanto que, por un instante, olvido qué estoy haciendo.

–Apaga eso –ordena con voz temblorosa–. ¡Ya mismo, Evangeline!

–Lo haría –respondo despacio–, pero ya fui demasiado lejos, ¿sabe? Y es solo una página. El señor Clark apenas la extraña... ¡Ay!

Las llamas alcanzan la punta de mis dedos y siseo de dolor antes de dejar caer lo que resta del papel ardiente. Mientras la directora y yo observamos, el papel flota hacia el escritorio... y aterriza justo en medio del cuaderno de calificaciones.

En cuestión de segundos, el fuego engulle el cuaderno que contiene las calificaciones de Cálculo.

La directora Thompson da un grito ahogado, ahora su rostro tiene un tono enfermizo.

–¡El extintor! ¿Dónde...?

Pero mientras ella corre hacia el pasillo sujetando sus rizadores, yo estoy arraigada al suelo... por el shock, o la incredulidad, o la disociación, no lo sé. Solo puedo mirar mientras las llamas famélicas crecen cada vez más brillantes, hasta que se extienden hasta la pila de madera seca que es el escritorio del señor Clark.

Mierda. *Mierda.*

Me arranco mi suéter e intento sofocar las llamas, pero son

demasiado intensas, y lo único que logro es incendiar mi suéter escolar. Una chispa salta sobre mi falda, amenazando con prenderla y la aparto con la mano y el pulso acelerado.

Se suponía que sería solo una página.

–¡Evangeline! –grita la directora desde la puerta–. ¡Aléjate de ahí!

–Lo... –empiezo, sin saber si estoy a punto de disculparme o de insistir en que puedo apagarlo con mi suéter ardiente, pero no importa. La directora Thompson atraviesa el humo espeso, sujeta mi codo y me aparta de las llamas.

Hay un zumbido tenue en mis oídos que ahoga lo que sea que ella me grita y, mientras me arrastra por el pasillo oscuro hacia la salida más cercana a dos pasillos de distancia, miro el aula por encima del hombro. El fuego se propaga más rápido de lo que el único extintor podría sofocar, y soy apenas consciente de que la alarma anémica que suena es idéntica a la campana que retumba cuando empieza una clase. No sé mucho sobre edificios, pero estoy bastante segura de que todo esto no cumple con los protocolos.

Por fin, la directora Thompson me empuja por la puerta lateral hacia el aire nocturno frío y respiro a bocanadas de aire mientras avanzo con torpeza por el césped, mis pulmones arden y mis ojos lloran. Volteamos hacia la escuela con la boca abierta cuando las llamas rompen los vitrales de la clase del señor Clark con una explosión de fragmentos multicolores.

Bueno. Al menos luce espectacular.